



**Isabel María Pintor Serrano, 77 años.**  
**Pablo Martín Fadón, 22 años.**

## No hay tiempo para el amor

Son duros los tiempos que corren para el amor. Los jóvenes se aíslan en su mundo de estudios y trabajo, la vertiginosa luz de ciudad vuelve los corazones fríos y sin fuerza para calentar. Los cuerpos andan despavoridos por una prisa sin causa entre las rectilíneas calles y no hay tiempo para el amor. Los coches atascados por kilómetros escupiendo humo, colas y agolpamiento de las masas de gente en los andenes y paradas de autobús y no hay tiempo para el amor. Estamos muchos de nosotros perdidos en el asfalto por no sentir de verdad las emociones, por no basar en los otros nuestra vida, por no querer, por no apreciar y por no amar.

El hombre ha perdido muchos de los valores y principios que regía su vida 50 años atrás, todos hemos perdido, pero hay gentes que conservan la sencillez, la humildad, la bondad de aquellos tiempos y reflejan, cuando miras fijamente en sus pupilas, cierto brillo, que sin duda les provoca el corazón, pues en él se ven los restos de lo que un buen día fue un verdadero amor.

Yo he visto ese brillo en la mirada de una anciana: Isabel María. Vive en Madrid, pero sin sentirse madrileña, ya que en ella prima la esencia de un pueblo de Extremadura: Villafranca de los Barros. Se siente sola, pero llena el tiempo con sus pulidos versos que guarda celosamente para los suyos y que yo, por arte del azar, he podido también leer.

Cuentan que en tiempos de Guerra, en aquel pueblecito Extremeño sí que eran tiempos de amor, e Isabel suspiraba por los andares de un joven, para ella el más apuesto que nunca vieron sus ojos. Pero no todo eran suspiros de amor, ya que huérfana de padre, tuvo que trabajar desde los 8 años. Bordaba sin parar durante largo rato; jornadas de hasta 16 horas y sufría, pero no se sentía mal. Con su trabajo ayudaba a su familia: a su madre y a sus dos hermanos pequeños. No había mejor recompensa para ella que el abrazo de sus hermanos, que el continuo apoyo de los suyos, que el olor del hogar al llegar a casa.

Mas ese olor no duró mucho tiempo y pronto no hubo nada que echar al puchero. Eran tiempos de guerra, duros como nunca sabremos, nadie tenía dinero, nadie compraba ya bordados. Isabel abrió bien los ojos (aquellos que ahora, ya ajados, todavía relucen por el brillo) y miró a su amado a un lado, con su futuro, su propio hogar, su camino, su destino, su refugio... su todo. Y miró hacia el otro lado y vio a dos escuálidos jovencuelos con una señora al lado, de aspecto ojeroso y cansado, ellos eran su madre y sus dos hermanos. Por ellos tres eligió Madrid, fue por ellos por los que tragándose las lágrimas subió al tren que la llevaba hasta la capital a trabajar. En el tren, entre las gotas que caían saladas hacia su boca, cuando sus labios, sin darse cuenta, pronunciaron el nombre del hombre al que dejaba allí: solo, angustiado.

Cuenta fríamente como aquellos años en Madrid fueron los más duros de su vida. Sin su familia, sin su Extremadura y sin él, sobretodo sin él, nada tenía sentido, más que el de trabajar limpiando durante horas para dar de comer a aquellos que allí dejó.

El tiempo pasaba e Isabel vivía gracias a las pequeñas pildoras que en sobres llegaban y con forma de palabras la hacían suspirar de amor de nuevo, reconociendo en ellas la letra de su amor perdido. Las cosas cambiaron a mejor e Isabel consiguió en Madrid un puesto para su hermana. Las dos se instalaron y con su sueldo podían hacer



frente a sus gastos y a los de la familia en el pueblo. Finalmente, dadas las buenas condiciones, su madre también llegó a Madrid y el hermano de Isabel, muy joven todavía, se quedó en el pueblo con la abuela.

Isabel vivía entonces más feliz, con parte de su familia al lado, pero por dentro seguía un reguero de angustia recorriendo su cuerpo por no poder estar con el hombre al que amaba. Llevaba más de tres años sin verle, cuando por desgracia su abuela, la que cuidaba del pequeño, falleció. Isabel y su familia necesitaron volver al pueblo a buscar a su hermano para traerlo a Madrid, además ella estaba deseando volver.

Cuenta que durante el viaje el corazón le vibraba fuerte en su pecho y que no veía el momento de encontrarse con él. Una vez en el pueblo Isabel fue corriendo a ver a su hermano, cuando le vio se abrazó llorando a él. En ese momento de dolor entró por la puerta, aquel hombre que tantas noches y rayos de luz había ocupado en los pensamientos de Isabel, aquel por el que se desvivía, aquel que nunca había sido olvidado ni un instante. Él la miró y sin acercarse todavía, sin tocarla, la pidió que no volviera a Madrid, que se casara y se quedara a vivir con él en el pueblo, juntos para el resto de sus días.

Vio entonces ante ella el camino que siempre había querido seguir, lo que siempre había soñado: pasar su vida junto a él, estar para siempre juntos. Pero nunca llegó a tocarle.

Ya en el tren Isabel llegó a arrepentirse un par de veces, pero fue sólo un momento, nunca le volvió a pasar, el abrazo de los suyos al llegar de nuevo a Madrid le hizo ver que aquella había sido la opción correcta: pensar en su familia antes que en ella. Isabel se casó, tuvo dos hijos estupendos y vivió feliz rodeada siempre de su familia en Madrid, aquella familia por la que luchó y por la que lo dejó todo. Nunca más volvió a ver a aquel hombre que fue su amor, aquel con el que casi no había hablado, pero que permanece, en secreto, cada noche, en sus sueños más profundos.

En esta historia gana sin duda el amor, el amor a los demás. Pero ahora ya no hay tiempo... ya no hay tiempo para el amor.

## Lo importante de la vida

Isabel María, extremeña de 78 años me ha enseñado gran parte de su vida, algunas cosas fascinantes, otras impactantes y siempre interesantes. He elegido esta historia, que es en gran medida la de su vida, pero hay un trasfondo detrás que no quiero que se pierda y que ella me supo transmitir muy bien:

La vida es para quienes se esfuerzan, para los que van derechos, de frente y sin engaños, sin malos hábitos, sin aires de grandeza; hay un precioso refrán que escenifica el concepto: "Más vale ser cabeza de ratón que cola de león". Pero lo más importante es la familia, los tuyos, los que a tu alrededor están, tienes que ofrecerte a ellos en cuerpo y alma como tu madre y tu padre también lo han hecho, y una vez formada tu propia familia es con la que tienes que vivir para y por ella.

La familia es la institución más determinante en la vida de las personas. Y como no, por el brillo de sus ojos, sé que el amor a los demás también, a poder ser guiado por la fé, que nos enseña el camino.



Esos son los principios de una vida, con los que superó los años de guerra, de pan duro, con los que cuidó de toda su familia, la sacó adelante sacrificándose hasta los límites donde rebosa el corazón. Principios con los que creó su propia familia, a la que también sacó adelante y ahora, una vez sola, como cuando naces, son sus versos, las palabras las que vuelven a escribir su vida, el vehículo para seguir dando todo su amor a los demás: la consigna de su vida.